

ESTA FACILIDAD SINIESTRA DE MORIR

MARGUERITE YOURCENAR
TRADUCCIÓN DE ALBERTO BETANCOURT

*Hay que temblar en tanto no podamos
solucionar la facilidad siniestra de morir*



Estos versos de Hugo, escritos con ocasión de los muertos de la Comuna, hace aproximadamente un siglo, quiero hacerlos míos al pensar en los jóvenes y en aquella joven que se arrojaron a las llamas antes de aceptar este mundo tal como ha sido diseñado. Es quizá la primera vez que en nuestra sociedad occidental, tal inmolación voluntaria hiere la moral del interés bien entendido, del buen sentido y la noción de la adaptación al mundo tal como se nos dio. ¿Esta inmolación es acaso voluntaria? Como los cristianos que en épocas anteriores rehusaban sacrificar a sus dioses, con o sin razón, ya que no tenían la elección de sacrificar a esos falsos dioses de la ambición y la violencia en medio de los cuales por fuerza tenemos que vivir o protestar por su muerte.

En cierto sentido no se equivocaban: no es posible vivir sin que la vida nos implique en sus angustias y deseos. “El mundo está ardiendo, decían desde hace tres mil años los sutras

budistas: el fuego de la ignorancia, el fuego de la ambición desmedida, el fuego de la violencia amenazan devorarlo”. Algunos niños en Lille, París y hace algunos meses en Provence, han reconocido esta verdad que la mayor parte de nosotros nunca vemos a lo largo de nuestra existencia. Han salido de un mundo donde las guerras más destructivas se instalan en medio de una paz que no es la verdadera paz y que muy frecuentemente tiende a ser más destructiva para el hombre que la misma guerra, de un mundo donde los anuncios de restaurantes gastronómicos alternan en los diarios con reportajes acerca de la infinitud de niños muertos de hambre, donde los zorros exhibidos por las grandes burguesas están contribuyendo a la extinción de una especie viva, donde nuestra ansiedad de velocidad agrava cada día

la polución de un mundo del que dependemos para vivir, donde todo lector ávido de una novela de violencia o de cualquier hecho siniestro, o de una película de bandidos contribuye, sin darse cuenta, a esta pasión por matar que en medio siglo nos ha costado millones de muertos. ¿Estos jóvenes han tenido razón, sí o no, en abandonar todo esto que les rodea?

La respuesta dependerá en definitiva del cambio que haya producido en nuestro corazón su sacrificio. ¿Podríamos impedir tales inmolaciones o lo que es más importante, podríamos en un futuro hacer que muchos corazones puros no siguieran el mismo camino? Ante esta interrogación tan acuciante, tenemos que admitir que ninguna de las razones habituales que podríamos esgrimir para asegurar su supervivencia no son lo suficientemente fuertes para retener a quienes no aceptan este mundo como es. Sería en vano decirles que son los más hábiles o quizá los más inteligentes quienes pueden sobrevivir en el caos en que nos encontramos o aún extraer algunas parcelas de dicha o éxito, ya que la muerte no está en ellos sino en quienes los rodean.

Parece correcto que a este sacrificio del monje budista, tan digno de admiración en el fondo de su horror, no pueda oponerse útilmente sino la tradición que quiere que el mismo Buda, a punto de entrar en la paz, decida permanecer en este mundo en tanto que una sola creatura viva tenga necesidad de su ayuda. Los que se van son, sin duda, los mejores: habríamos tenido necesidad urgente de su ayuda. Podríamos haberlos salvado si hubiéramos sido capaces de persuadirlos de que su rechazo, indignación, el mismo desespero, eran necesarios si hubiéramos sabido oponer a esta facilidad siniestra de morir, la dificultad heroica de vivir (o de tratar de vivir) haciendo de este mundo un lugar un poco menos escandaloso de nuestra existencia. ■

SECUENCIA DE PASCUA, UNA DE LAS MÁS BELLAS HISTORIAS DEL MUNDO

MARGUERITE YOURCENAR

TRADUCCIÓN DE ALBERTO BETANCOURT

Dejando a un lado, al menos momentáneamente, las ceremonias y los ritos de la más santa de las semanas cristianas, me voy a esforzar a partir de los textos sagrados que se leen en las iglesias, pero que no siempre se entienden, en mostrar los elementos que nos confundirían si los encontráramos en Dostoievski o Tolstói, o no importa en qué biografía o en cuál reportaje consagrados a la vida de un grande hombre o de una gran víctima. En resumen, el desarrollo de una de las más bellas historias del mundo.

El prólogo es cuasi irónico: unas pobres gentes llegan a la capital acompañadas por su dilecto maestro y rápidamente este mismo populacho que lo aclama y ensalza lo vilipendia y escupe. Una frugal comida de celebración, un traidor descubierto entre los doce invitados, un inocente que pregona muy en alto su incondicional adhesión y será el primero en tener un momento de desfallecimiento y negación, el más joven y el más amado apoyado indolentemente